

GRECIA CLÁSICA

El período que transcurre entre las guerras médicas (500-479 a.C.) y la guerra del Peloponeso (431-405 a.C.), recibe el nombre de época clásica porque durante este período se produjeron las más destacadas creaciones culturales del mundo griego. Las guerras médicas suelen servir como barrera que separa la Grecia arcaica del periodo clásico no solo porque un enfrentamiento bélico constituye un jalón tradicional en la periodización histórica sino también porque en esas guerras se produjeron elementos necesarios para la formación del clasicismo. La historia del siglo V viene marcada por la autoconciencia de los griegos frente a los bárbaros, la tendencia predominante al esclavismo, el protagonismo de Atenas y de su sistema democrático, la formación del pensamiento clásico y la rivalidad entre ciudades.

Las Guerras Médicas que enfrentaron a griegos y persas se convirtieron en el gran acontecimiento de la Historia de Grecia mitificado como una "nueva guerra de Troya" en la que los griegos se unieron de nuevo en una empresa común: la defensa de su independencia. La unidad griega encontraba sustento en unas raíces comunes: una misma lengua y religión. La difusión y apropiación de los poemas homéricos como legado común por parte de todas las poleis también desempeñó un papel fundamental en la formación de una conciencia unitaria griega a pesar de la variedad de la realidad helénica. Esta conciencia se proyectaba en los grandes centros de culto panhelénico (Delfos, Nemea, Corinto y Olimpia) en los que se desarrollaban competiciones y juegos a los que sólo estaba permitido el acceso a los griegos. Otros conceptos clave en la creación de la identidad colectiva son ideas como agón (competición) paideia (educación) que determinaban el modo de obrar de los nobles y del resto de los grupos sociales por imitación y estos conceptos están presentes en los juegos deportivos y artísticos de carácter panhelénico.

La pertenencia a la polis también potenciaba un sentimiento de comunidad reforzado en el plano político. Por primera vez, en el transcurso de las guerras médicas, se habría de desarrollar el uso de esta contraposición entre griegos y no griegos. En la política era una suerte de "buen orden" o armonía cívica lo que diferenciaba las ciudades griegas de las extranjeras. Nociones como la del equilibrio y buena medida (isonomía y eunomía) era un signo inequívoco de helenismo. Esas señales de identidad helénica quedaban plasmadas por ejemplo incluso en el urbanismo de los espacios residenciales de algunas poleis de orientación democrática como Priene, Mileto, Turios o Atenas (Pireo), planificadas y edificadas siguiendo los esquemas de Hipódamo de Mileto. Estos barrios están caracterizados por la uniformidad de las viviendas, de tamaños iguales en su mayoría, hecho que resalta la idea del espíritu igualitario y cívico de sus moradores. Las proporciones armónicas de una arquitectura pensada en torno a las necesidades de sus habitantes acreditan la vigencia de un microcosmos urbanístico planificado de acuerdo con los parámetros ideológicos del sistema democrático, como un espejo de la idea de la igualdad en la clásica dinámica pitagórica de microcosmos frente a macrocosmos. La simetría de las calles y la utilización equilibrada de los espacios públicos de las ciudades griegas se oponían conceptualmente a la identidad de otros pueblos vecinos y constituían un elemento diferenciador.

Tras la victoria en las guerras médicas, Grecia es libre de nuevo, aunque los persas controlan aún pequeños reductos en el Egeo y, sobre todo, la zona de los Estrechos. La victoria frente a ese peligro común ha sido posible gracias a la unidad helénica bajo la forma de la Liga Panhelénica de Corinto, que actuó bajo el liderazgo de Esparta, primera potencia militar del mundo griego de la época. Pero la importancia militar de Atenas se había puesto de manifiesto durante el conflicto, y Atenas no podía aceptar que a la cabeza de la Liga Panhelénica y por lo tanto del mundo griego

estuviera Esparta. Además, Esparta no comparte los intereses económicos de Atenas ni su iniciativa de continuar el conflicto hasta recuperar el control de los Estrechos, esencial en su dominio de los mercados del Mediterráneo oriental. Y en torno a Atenas surge, tras el conflicto, una nueva liga (simmaquíá), la Liga de Delos, agrupada en torno a esta ciudad como polis hegemónica. Los representantes atenienses copan la mitad del Consejo rector de la Liga, y el resto lo integran todas aquellas poleis que también quieren mantener las hostilidades contra los persas pues comparten con Atenas los mismos intereses económicos. El Tesoro de la Liga, al que contribuyeron todos los aliados, se instaló en la isla de Delos, que fue también la sede del consejo rector. Todas las poleis aliadas se integraron en la Liga a título permanente y, aunque mantenían su autonomía política, estaban obligadas a definir en un mismo sentido sus actividades internacionales: amigos y enemigos eran comunes. Además, pagaban una cuota determinada (foros), para hacer frente a las necesidades de la Liga y estaban obligados a contribuir con hombres y barcos en la medida de sus posibilidades.

Las primeras actuaciones de la Liga de Delos fueron muy eficaces y se obtuvieron éxitos como la liberación de los griegos que estaban en cautividad, mediante el pago de rescates, lo que constituyó una buena propaganda frente al mundo helénico, de la que se aprovechaba especialmente Atenas en su calidad de estado dirigente de la Liga. Además quedaron erradicadas las acciones de los piratas de la isla de Esciros, uno de los más serios impedimentos para el normal desarrollo del comercio por el mar Egeo. Sus habitantes fueron deportados y sus territorios colonizados por clerucos, una suerte de colonos agrícolas con obligaciones militares a los que se les otorgaba la ciudadanía ateniense -si no la tenían- y un lote de tierra suficiente para ser considerados diacosiomedimnos, quedando obligados a defender militarmente los intereses de Atenas. Además, las cleruquías actuaban como potenciales guarniciones militares que servían para reprimir cualquier intento de sublevación al tiempo que aliviaban el exceso demográfico ateniense, aunque siempre bajo la bandera de la pretendida seguridad del espacio comercial. Se logra asimismo la liberación progresiva de las ciudades griegas de la costa de Asia Menor que se suman como nuevos aliados a la Liga. Gracias a estas actuaciones el prestigio de la Liga irá en aumento y la principal beneficiada será Atenas que detenta el control de la Liga gracias a la actuación de sus políticos que organizan los territorios conquistados a su modo y en su propio provecho.

En efecto, el control marítimo se convirtió en un mecanismo que favoreció el enriquecimiento de las familias más poderosas gracias al control de los mares y las posibilidades de acceso a nuevos territorios que podían ser objeto de reparto bajo la forma de cleruquías. Por ello la oligarquía tampoco se opone a la estrategia de la liga sino que la encauza en provecho de sus propios intereses. Los beneficios obtenidos son redistribuidos por medio de la liturgia y de las obras públicas, del reparto personal de monedas y la respuesta de los favorecidos por esta evergesía se traduce en el apoyo de esta política aristocrática representada en Cimón.

La liga se convierte así en instrumento a través del cual Atenas consolida su arjé (forma en que los propios atenienses denominan a su imperio). La política marítima ejercida por Atenas facilitaba el comercio, aseguraba el dominio de la ruta del Ponto Euxino (a través de la cual llegaba la mayor parte del trigo necesario para los atenienses), y garantizaba el libre acceso de materias primas para la construcción naval. A cambio, todos los aliados se convierten en tributarios (menos Samos, Quíos y Lesbos), en cantidades que varían según la demanda ateniense.

La actuación de Atenas como potencia hegemónica de la liga ha sido calificada de imperialista en la medida en que Atenas ejerce distintas formas de control, imposición y extracción de beneficios sobre los que, en un principio, eran sólo sus aliados. Sin duda alguna, la imposición de un tributo a los aliados del que las ciudades intentan escapar, el establecimiento de guarniciones bajo la forma de cleruquías para garantizar la sumisión, o la celebración de los juicios en los

tribunales atenienses reflejan la violencia de una actuación que ilustra la profunda desigualdad de las relaciones establecidas entre el demos ateniense y el demos de las poleis aliadas por más que la democracia ateniense sea un modelo digno de imitar para todos los *demoi* de Grecia. La realidad es que los otros *demoi* no podrían acceder a esa ansiada democracia hasta que su propia ciudad no fuera imperialista por lo que el paradigma ateniense se convierte en un espejismo, un modelo inalcanzable que refuerza la cohesión en ese anhelo de lograrla pero que al mismo tiempo es causa profunda de discordia.

Mientras, en Atenas, el imperio beneficiaba al tiempo a los *aristoi* y al demos. Para satisfacer a éste, el grupo dominante no se ve en la necesidad de ceder sus privilegios, del mismo modo que para conservarlos tampoco llega a ser preciso oprimir al demos. La peculiaridad de Atenas radica en que el demos, la población no poseedora de tierras, alcanza la ciudadanía y no se transforma en clase dependiente. La esclavitud mediante compra de esclavos permite el inicio del proceso y el imperio proporciona las condiciones para que llegue a su apogeo. Y así, esclavitud e imperialismo son los dos factores que permiten ese grado de desarrollo de la democracia en Atenas. Los *thetes* no poseedores de tierras identificados en el resto de Grecia con personas próximas a la dependencia, disfrutaban en Atenas del derecho de ciudadanía. Hasta entonces y en otras poleis incluso en ese momento, el derecho de ciudadanía va unido a la capacidad y derecho de defender la polis y para participar en la defensa militar hay que ser poseedor de tierra. Pero en Atenas es posible la ciudadanía de los no propietarios desde el momento en que durante las guerras médicas la defensa naval se convirtió en el instrumento militar esencial para garantizar la supervivencia de la ciudad. Al convertirse en defensores de la ciudad a través de la flota, los *thetes* tuvieron la capacidad de presión suficiente para que la expansión de Atenas no repercutiera sólo en la riqueza de la clase dominante sino que también sirviera efectivamente para la profundización de la democracia.

Democracia e imperio se convierten, así pues, en expresión de una misma realidad. Uniendo democracia e imperialismo, Atenas conoce el período más brillante de su historia la pentecontecia, es decir, los 50 años que comprenden desde el final de las guerras médicas al inicio de la guerra del Peloponeso. En este tiempo, el demos es el beneficiario del imperio y en el imperio se apoyaban sus posibilidades de conservar y prolongar la democracia. Esto crea una mentalidad específica dentro del propio demos y de sus dirigentes. Asistimos a una realidad un tanto paradójica pues en el demos ateniense los *thetes* habían llegado a ser libres jurídica y económicamente, pero, también, ese demos es capaz de admitir en el terreno político una sola dirección interna de la mano de una figura aristocrática, un hegemón, un ciudadano capaz de poner en práctica sus decisiones y de orientarlo. Para Tucídides lo que de nombre era democracia, de hecho era el gobierno de un solo hombre. En la práctica ese hombre fue Pericles un *prostates* del pueblo, el hegemón por antonomasia. Al tiempo, se desarrollan ahora reflexiones filosóficas que presentan una mente rectora del mundo el *nous*, y al hombre medidas de todas las cosas, reflexiones como las propuestas por Anaxágoras que se convierten en toda una teoría del poder personal y democrático.

Con Pericles el proceso democrático (fundamentado en el sistema esclavista y en el protagonismo de los *thetes* en la defensa naval) culmina, se radicaliza. La ampliación del cuerpo cívico es una medida isonómica y se accede a las magistraturas gracias al sorteo mientras que el cargo de estratega, que precisa de experiencia militar, pasa a convertirse en vehículo de actuación política de los individuos. Entre las medidas de Pericles hay que señalar el establecimiento de la *misthophoría* o pago de indemnización por asistir a las funciones políticas. Los cargos estatales (*Helaía* y *Boulé*), pasaron a estar remunerados, con lo que se otorga la posibilidad real de acceder a ellos a los más pobres. Retribuir el servicio a la comunidad era el único medio para hacer efectivo y

real el objetivo de la igualdad en la participación política reservada por tradición a los que no necesitaban ganarse el pan con su trabajo cotidiano. Desde mediados del V, todo ateniense seleccionado como juez cobraba una pequeña cantidad de manutención el día en que era convocado para ser miembro de un tribunal. Al menos a fines del siglo, cobraban también su *misthos* los arcontes y miembros de la boulé, lo que es buena prueba de que, con cierta frecuencia, individuos sin excesivos recursos accedían a las máximas responsabilidades del estado.

A diferencia del evergetismo de época anterior, con Cimón como ejemplo más representativo, la redistribución de los beneficios del imperio se hará ahora a través del estado y por lo tanto se priva a los particulares de utilizarla en su proyecto. El demos se convierte en el nuevo redistribuidor pues la plenitud del poder legislativo, ejecutivo y judicial pertenece ahora a la totalidad de los ciudadanos con pleno derecho, que se expresan y deciden en la Asamblea del demos. Todos los demás órganos del Estado quedan supeditados a la Asamblea, ante la que deben rendir cuentas.

La relación que existe entre Pericles y los atenienses que lo aceptan como hegemón al colocarse por encima de todas las disputas entre ellos, se proyecta fuera de Atenas, convertida en la directora de la Hélade en el plano político porque en sus manos estuvo la victoria que permitió la libertad y su superioridad es la que permite que el peligro bárbaro se halle controlado. Así legitima Atenas la inversión de los fondos de la liga, trasladados finalmente a la ciudad, de forma que la manipulación de los recursos de la Liga quedaba en manos atenienses. Lógicamente este acto levantó una gran polémica entre las *poleis* integrantes de la Liga. Pero Pericles impuso su parecer: Atenas tenía derecho de invertir el Tesoro como creyera conveniente, siempre y cuando defendiera militarmente a los integrantes de la Liga. Los fondos del tesoro se invirtieron en la construcción de edificios en la ciudad, convertida en *paideusis* de Grecia, la escuela donde aprenden todos los griegos, la que según Pericles, no envidia nada a nadie, sino que ella misma es objeto de envidia.

En el fondo, las ciudades de la liga son las que sostienen la concordia ateniense y es allí a donde se exporta el conflicto social pues el foro de cada aliado se calcula a partir de la riqueza existente que, naturalmente pertenece a la clase dominante de las ciudades sometidas. En estas, es imposible una concordia como la que disfrutaba Atenas porque estaba basada en el dominio externo y porque las aliadas están sometidas al pago del foro lo que obliga a la élite a obtener los recursos mediante la presión de los desfavorecidos. El conflicto social ineludiblemente se agudiza.

Atenas goza así de un sistema que se convierte para el demos de las *poleis* aliadas en un modelo inalcanzable. Es inalcanzable porque las condiciones atenienses (control de ciudades) son el principal obstáculo para lograr la exportación del modelo. El modelo resulta de todos modos absolutamente imprescindible porque permite al demos de las otras ciudades contar con el apoyo ateniense y al mismo tiempo permite al demos ateniense garantizarse el apoyo del demos de las restantes aliadas para continuar ejerciendo su control. En un principio, la intervención ateniense no influye en las formas de organización social de los aliados pero el demos ateniense cada vez con una mayor capacidad de decisión dentro de la eklesía, impone por razones ideológicas la tendencia a favorecer al demos de las restantes *poleis*, pensando que en el resto de las ciudades sometidas el demos podría alcanzar los mismos beneficios de los que gozaba en Atenas. Pero si el sistema oligárquico permanece fiel, Atenas no interviene nunca para propiciar un cambio democrático y sólo apoya al demos cuando surge el conflicto interno o la defección, fenómenos que van unidos.

La guerra del Peloponeso

El final de Imperio ateniense viene dado por la guerra del Peloponeso (431-405 a.C.), que

enfrentan a las dos grandes potencias del escenario político del momento: Atenas y Esparta.

La Guerra del Peloponeso no fue un conflicto local, afectó a toda Grecia (continental e insular), se extendió a Occidente (Siracusa) y a Oriente (Persia). Es decir, fue un conflicto con carácter internacional. Fue una guerra larga, que se desarrolla a lo largo de casi treinta años, con breves intervalos de paz y que finaliza con la victoria de Esparta, dando fin al imperio ateniense y el sistema democrático que llevaba implícito. El triunfo de Esparta no inauguró una época de paz y prosperidad sino que dio paso a un imperialismo lacedemonio que habría de pervivir con algunas transformaciones durante más de treinta años. El equilibrio modelado a lo largo del V quedó destruido pues Esparta no sabrá reconstruir ni en Atenas ni en el resto de las ciudades jónicas una autonomía efectiva. No será tampoco capaz de anular la influencia e intervención de los persas e intentará sustituir el antiguo dominio ateniense por el suyo propio. Con ello promoverá que la mayor parte de los griegos se dediquen a levantar sistemas de defensa que consumen las energías políticas y los medios económicos de casi todos los estados. Además, a la lógica crisis económica tras un conflicto semejante, hay que unir toda una serie de calamidades naturales: epidemias, terremotos y sequías prolongadas que afectaron al normal desarrollo de las poleis griegas y su evolución.

La política imperialista espartana se desplegará a través de su propia liga, la liga del Peloponeso, heredera de las relaciones creadas antes de las guerras médicas entre Esparta y las ciudades de la península. Su actuación causó un gran malestar y temor en el mundo griego, alentó la formación de coaliciones antilaconias y provocó varias guerras que tenían como objetivo disminuir el poder espartano. Por el método de imponer constituciones y gobiernos oligárquicos (decarquías, el gobierno de los treinta tiranos en Atenas) e imponer *manu militari* su observancia, Esparta pretendía la obediencia de miles de griegos pero el resultado fue el odio, la repulsa hacia los espartanos y las quejas de las poleis griegas. El sostenimiento del sistema era costoso habida cuenta del escaso número de espartiatas, incluso añadidos los periecos e hilotas, de manera que los efectivos militares eran francamente insuficientes para establecer un sistema de dominio. Además la contratación de tropas mercenarias exigía unos recursos económicos que los espartanos consiguieron presionando a los griegos y añadiendo un nuevo motivo de malestar adicional. Esparta se encontraba con otra carga pues se veía obligada a asumir la defensa del helenismo en Oriente frente a los persas como ya hicieron los atenienses. Se trata de una labor política complicada debido a que Persia y Esparta estaban unidas por una alianza por la que se reconocían los derechos del rey persa sobre Asia Menor y además porque los espartanos recibían ayuda económica de los medos. De manera que abandonar a los griegos suponía perder el prestigio como potencia hegemónica y romper con Persia el fin de la ayuda económica en que se fundaba la expansión espartana y sus efectivos navales.

La organización política, social y económica espartana también impedía que el imperio se asentara sobre una base sólida. Así, mientras que el imperialismo ateniense del siglo V había repartido prosperidad en todas las clases de la sociedad ateniense y por tanto, ayudó a cimentar la estabilidad política y social, en Esparta el mismo paradigma agravó las tensiones internas y las desigualdades en la propia ciudad incapaz de innovar y adaptarse a las nuevas condiciones del siglo IV. La decadencia del dominio espartano se explica sobre todo por la degradación social progresiva, explicable, entre otros motivos, por la crisis demográfica que arrastraba la comunidad de *homoioi*. Se intentó evitar el descenso en la tasa de natalidad de los ciudadanos mediante una legislación que incentivara los nacimientos permitiendo a los padres de tres hijos quedar libres del combate y a los de cuatro la exención de contribuciones. La falta de movilidad social y el carácter

de casta cerrada de los *homoioi* también hizo imposible toda regeneración interna. A pesar de que se permitieron soluciones como la de incorporar a los periecos a la milicia o permitir el acceso a la agogé a los hijos de hilotas, no se resolvió el problema de fondo porque sólo en muy pocos casos se constata una promoción social.

Puede decirse que la Guerra del Peloponeso significó virtualmente el fin de la polis, de la ciudad-estado como fuerza creadora que adaptaba y conformaba la vida de todos sus miembros. En el siglo IV, la polis decae irremediabilmente -con instantes de recuperación- hasta llegar a convertirse, en época de Alejandro Magno, en un simulacro de la auténtica polis.





LA ARJÉ ATENIENSE



